

Vida de campo

Mi padre, el leñador

Otto Endres ha talado árboles durante toda su vida. Hace poco se jubiló. Su hija, nuestra redactora Alexandra Endres, lo acompañó un día al bosque.

Quién tala árboles tiene que prestar atención a muchas cosas. Creció derecho? Sobre una pendiente o sobre un terreno plano? Cómo es el suelo, blando o duro? Sufre tensiones? En qué dirección podría caer, si lo talo? Hay otros árboles cerca - o tal vez hay una casa?

"Jeder Bohm is annerscht," dice mi padre. "Cada árbol es diferente". Él lo sabe, porque ha trabajado 46 años aquí, en el bosque. Otto Endres, 61 años, leñador. Es un hombre tranquilo y reservado, que trabajó durante toda su vida al aire libre. Tiene manos callosas y brazos bronceados en el verano, es grande de estatura, y hace unas semanas, se jubiló.

Hoy en día vivir en el campo está de moda. Los estresados habitantes de la ciudad anhelan una vida de paz y armonía en la naturaleza. Las revistas que hablan sobre la felicidad de vivir en el campo son un boom editorial - con cifras de circulación que crecen de un trimestre a otro. Mi padre no las ha leído. Pero él sabe muy bien lo no les cuentan a sus lectores: que la vida en la naturaleza es sucia y desordenada, que huele a estiércol y a ropa sudada. Aquí, el trabajo es duro y tedioso. Sin embargo, él nunca lo cambiaría por toda la comodidad de la ciudad. "Do is de Hiemel", dice sobre su vida en Zimmern, un pueblo en el norte de la región Baden: "Aquí está el cielo."

Recientemente, ha talado leña en el bosquecito "Birkwald", a pocos kilómetros del pueblo. Aquí crecen hayas, robles y pinos. Sobre el camino vemos troncos largos que, apilados, sobrepasan la altura media de un hombre. El viento arrastra los ruidos de motosierra desde el distrito vecino. Y también el trino de un pájaro cucú.

Ahora que está jubilado, mi padre sólo hace madera para la familia. Veinte *Ster* es la cantidad de leña que necesitan mis padres para calefaccionar su casa durante todo el año. Un *Ster* es igual a un metro cúbico de madera apilada, sólo que se mide con el aire en el medio. Para juntar veinte *Ster* hay que aserrar, cortar y apilar madera durante cuatro a cinco días. Mucha gente ahora calienta sus casas así, ya que el petróleo

se ha vuelto tan caro. Quién siga las normas de seguridad puede talar leña o en su bosque privado o en una parcela municipal. Allí va el carnicero del pueblo vecino con sus hijos, cargando su leña en una furgoneta.

Cuando mi padre cuenta sus historias, la vida rural no es comparable con la idea de vida en la naturaleza que está de moda. Algunos de sus relatos parecen ser de otro tiempo. Cuando él era joven, los campesinos del pueblo trabajaban como leñadores en los meses de invierno para ganar algún dinero extra. Talaban los árboles para un noble, el barón de la localidad vecina, o para la municipalidad. "La municipalidad subastaba el trabajo, para contratar a la persona que se ofrecía por menos", recuerda mi padre. "Mientras que el barón pagaba una tasa fija." Si bien el sueldo que ofrecía el noble no necesariamente era mejor, en el pueblo lo consideraban un buen empleador.

Así en 1965, también mi padre comenzó a trabajar para el barón. Eran un grupo de tres hombres: un vecino con experiencia y dos jóvenes, ambos de 16 años de edad. El viejo abrió el camino con una motosierra, cortando y retirando las ramas gruesas. Los dos chicos cortaban, pelaban la corteza y apilaban. Era un trabajo pesado. Arrancar la corteza de pino por debajo era difícil, porque llegaba a tener hasta dos pulgadas de espesor. Mucho más duro era el trabajo en invierno, con la madera más seca y endurecida.

Estaban acostumbrados al trabajo duro de la agricultura y esto les ayudó: Para recoger el heno, tenían que cargar sus carros con horquillas a mano. No había entonces máquinas hidráulicas. Araban con los dos caballos de tiro y, cuando trillaban, los jóvenes cargaban los sacos de cincuenta kilos de grano sobre la espalda para transportarlos por varios tramos de escaleras hasta el almacén. "Escucha", dice mi padre sentado a la mesa con un cuchillo grande en la mano, frente a su morcilla y su "Leberwurst", la mostaza picante y sus pepinillos en vinagre, cosechados y conservados por él mismo: "Mir hebbe nix anners gekennt. Des wor halt so." : "Era así. No conocíamos otra cosa."

Hoy en día, las máquinas hacen gran parte del trabajo duro. Hace veinte años atrás, cuando el huracán "Wiebke" arrancó de cuajo a muchos de los pinares del sur de Alemania, mi padre y sus colegas levantaban los troncos largos todavía con la mano. Un trabajo pesadísimo. Ahora es una máquina cosechadora la que hace el trabajo más duro. A una distancia de hasta diez metros, la máquina penetra el bosque, tala algunos árboles, los saca de allí y apila los troncos listos para su

transporte. Una sola persona, el operador, reemplaza el trabajo que antes hacían diez.

También las motosierras son ahora más livianas y potentes que antes, y no vibran tanto, protegiendo dedos y articulaciones. Alrededor de ocho kilos pesan aún las dos sierras, que mi papá guarda en su taller. Hace muchos años éste era el establo de los dos cerdos que teníamos.

Con el tiempo su finca, con su ganado, sus cerdos y gallinas, los campos de cereales, frutales y hortalizas, no dio para más. Entonces mi padre se convirtió en un trabajador forestal en el servicio del municipio. Aprendió sobre geometría, técnica de trabajo, ergonomía, y sobre todo cómo prevenir accidentes en el bosque. Sin embargo, gran parte de lo que estudió entonces ya no tiene aplicación. "Los jóvenes de hoy en día se forman de otra manera", explica. En lugar de cortar una muesca en el tronco para talar el árbol, comienzan cortándolo por el centro porque es más seguro, y la seguridad es lo primero. "Pero la hoja de sierra se puede quebrar más fácilmente", dice.

Los municipios de la región muestran los mejores troncos de sus bosques en un patio compartido. Detrás de la sala de una fábrica de jugo, sobre largas tablas están expuestos los cerezos, nogales y robles que servirán para hacer muebles o marcos de ventanas. Durante algún tiempo los robles de nuestro pueblo fueron muy apreciados: Tenían entre doscientos y trescientos años de edad, crecieron en un terreno especial y se vendían a buen precio. "El lugar era famoso", dice mi padre. "Sólo en la región del Spessart había algo similar." Ahora, casi no quedan más de estos árboles. Por lo que se paga vale más la pena la paliza.

En el "Birkwald", los colegas plantan nogales. "Trabajo ligero", dice uno. Quedaron por grupo sólo dos trabajadores, antes eran tres. La municipalidad no encuentra gente porque ya no hay muchos que quieran hacer éste trabajo. También mi padre se cansó. Su condición física ya no es la misma, ahora se enrieda los pies más a menudo en las zarzas. Sin embargo, dice: "Ich hätt nix anners schaffe g'wellt": "No me hubiese gustado trabajar en otra cosa.". Es que en el bosque, a diferencia de una fábrica, uno nunca se aburre", dice.

Artículo publicado el 15.05.2011 en Die ZEIT No. 21/2011 (<http://www.zeit.de/2011/21/WOS-waldarbeiter>). Gracias por la traducción a Claudia Palozzo. La responsabilidad por cualquier error resta con Alexandra Endres.